

DISCURSOS ACADÉMICOS

DISCURSO DE INAUGURACIÓN
Mudéjar, gótico y Renacimiento en la Casa de los Pinelo
D. Rafael Manzano Martos

No es la primera vez que nuestras Reales Academias sevillanas que conviven en este pequeño pero prodigioso marco de la Casa de Pinelo de Sevilla, se han interesado, tanto por sus orígenes, como por las transformaciones realizadas a lo largo del siglo XX, para dar forma y cabida a las tres sedes académicas que aquí se ensamblaron.

Siempre ese interés se ha manifestado en la iniciación del Curso Académico, y siempre, me habéis concedido las tres Academias el uso de la palabra en estas respectivas ocasiones. ¡Gracias a todas! Todas me habéis dado las tres vida un segundo marco vital, paralelo al doméstico y familiar, y todas me habéis estimulado y apoyado en los días tristes de mi vida profesional, siempre controvertida por muchos, pero siempre respaldada por el peso de nuestras académicas instituciones.

Creo que fue en la apertura del Curso académico 1996/1997, de nuestra Real Academia de Buenas Letras cuando hablé por primera vez de a historia de este edificio pero intentando crear un cierto cuerpo de doctrina sobre los orígenes y evolución de las más importantes casas,-palacios dicen ahora- del siglo XVI- sevillano, que constituyen una bellísima serie evolutiva desde sus inicios medievales, -mudéjares y góticos-, pasando por la gran aventura a la

española de nuestro plateresco, hasta adentrarnos en italianismos manieristas, que acabarían haciéndose universales en nuestra arquitectura, y que, con leves accidentes y novedades se convertirían en barrocos primero y, luego, en neoclásicos, para volver a renacer en el espejo de los siglos en las copias o redecoraciones decimonónicas de casas antiguas que dieron lugar a múltiples y excelentes reinterpretaciones como los son las de Salinas, la de los Condes de Ibarra o la de la Condesa de Lebrija.

Aquella visión de conjunto, puede leerse en el volumen 25- Segunda Época-, del Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, -Sevilla 1997, bajo el título de “La Casa de los Pinelo y los Palacios Sevillanos del siglo XVI”. A esta publicación os remito para disponer de una visión genérica de la posición que ocupa nuestra sede en el conjunto de la gran arquitectura civil de aquellos siglos.

Luego, hace tan solo un año, la Real Academia de Medicina, me invitó a completar de alguna manera esta visión global con la pequeña historia de su casa que, lógicamente no estaba incluida en los palacios del XVI, ya que era obra construida por mí “a fundamentis” y que, aunque cargada en su salón de recepciones de ciertos “divertimentos” manieristas, no se inspira en ningún interior sevillano, cuyos salones como es sabido, son muy simples y que, como los de esta misma casa, suelen materializarse en cuatro simples paredes, con friso de yesería plateresca y buenos techos de madera, alfarjes planos en las planta inferiores, para servir de suelos holladeros, y armaduras de par y nudillo de tradición mudéjar y origen almohade en las altas, para sustentar sobre los faldones de sus artesas los planos inclinados del tejado.

Tan solo quise en aquel “Salón Regio”, que así podemos llamarlo por la rica colección de retratos reales que contiene, crear un marco arquitectónico como homenaje a la colección pictórica de aquella Academia, intentando integrar las dos artes plásticas, pintura y arquitectura, siguiendo la eterna idea profundamente académica de la fusión de las artes en la arquitectura.

Tan solo el techo de la sala, plano por exigencias de altura, y por servir de suelo pisable a la sala de juntas, y aún en tercera planta para almacén de libros de la biblioteca, recoge en su decoración de yesería un dibujo específico de esta casa y que tuvo paralelos en otros edificios sevillanos. Me refiero al entramado de yeso que recubre la falsa bóveda encamonada de este salón que nos acoge, y que, en gran parte hundido, restauré para esta academia y cuyo trazado repetí en plano horizontal para enriquecer aquel salón de sesiones de Medicina, y al mismo tiempo mejorar la acústica reflejada del forjado liso, mediante la ruptura de onda que producen el fragmentario relieve y el cambio

de material del decorado.

También el techo que cubre el estrado de esta sala, de los más originales de la casa, es el más tardío, carente ya del fajeado de friso plateresco, y de clara filiación manierista, denunciando una intervención tardía sobre esta crujía, la más importante de la casa, que cabalga entre el patio de honor y el jardín. Problemas presupuestarios impidieron realizar la deseable restauración de su cornisa denticular de arranque y de su policromía primitiva.

Como ya se ha dicho planteé en 1977, en el citado discurso en la Real Academia de Buenas Letras una teoría sobre los orígenes de estos palacios y su plasmación inicial en la Casa de Pilatos, donde concurren formas mudéjares, mezcladas con goticismos, y las auras de un primer renacimiento, fundamentalmente en sus columnas, portada, fuentes y demás mármoles de Aprile y de Gazzini traídos de Italia y, tras dicha casa de los Adelantados, su rápida evolución en el Palacio de las Dueñas, obra inmediata en fecha, también promovida por Doña Catalina de Ribera, en que las yeserías alcanzan nuevos parámetros de un arte plateresco en agraz, todavía de poco relieve, como las obras de Gumiel en Toledo y Alcalá para el Cardenal Cisneros, aunque aquí mucho más tardías, y hermanas de las del claustro del “Herbolario” de Santa Inés, que han venido a caracterizar esta segunda etapa del estilo. Aquí cuaja en las arquerías del patio, la fórmula definitiva de enmarcar los arcos de medio punto peraltados con decoración angrelada, por sendas pilastras cajeadas con fondos de “candelieris”, que sustituyen en el alzado a los alfices epigráficos de tradición islámica de la Casa de Pilatos.

Precisamente el tercer Palacio de la serie la constituye esta casa de los Pinelo, algo menor de escala, pero con características propias, donde triunfa definitivamente ese plateresco más basto, a la española, de raíz lombarda pero traído aquí por pedreros, tallistas y estatuarios franceses, como los Jamete, o los Voisín, con sus tondos decorados con alto relieves de cabezas de guerreros y dulces doncellas, -el mito de la dama y el caballero-, que vigilan silenciosos, desde las enjutas de los arcos, nuestros pasos por los claustros académicos.

La otra novedad, a favor del avance renacentista está en las tres puertas de acceso a los salones en torno al patio. Aquí han desaparecido los alfices de tradición morisca enmarcando los vanos de puertas sustituidos por arcos de medio punto “a la romana” encuadrados por sendas pilastras platerescas, apoyadas en ménsulas, que, no obstante, están más próximas a las proporciones de un alfiz medieval que a las de un arco triunfal renacentista. En cambio, sobre el arco y las pilastras se desarrolla, ahora ya con clara propiedad de

lenguaje, un entablamento clasicista con su arquitrabe, su friso y su cornisa plenamente desarrollados. En las enjutas, como en la galería, tondos con protomos humanos.

El fuerte abultado de esta decoración impide la colocación de sendas hojas de puerta de gorroneas a la morisca (ceutíes las llama un documento) del que luego hablaremos, como en sus precedentes y ahora la carpintería se enmocheta según el uso occidental cristiano, y el grueso del muro residual se resuelve con derrames interiores y con una viga, -“caja-umbral”- en jerga sevillana más castiza, que, sin embargo se recubre y decora con un ataujerado de lazo todavía mudejarizante. En ellas se incluyen los dos agujeros o gorroncillos para engargolar los batientes de las puertas de torno.

El triunfo del renacimiento está presente también en las techumbres que se han salvado de las salas bajas, hoy biblioteca de Buenas Letras, y en las de las galerías del Patio cuya decoración, importantísima espera aún la mano de artista capaz de devolverle su frescura y color.

Pero la Edad Media mudéjar tiene su mejor refugio en el zaquizamí de la escalera, cubierta por un bellissimo tauler con formato de aplastada artesa que es el último gran recuerdo en esta Casa del mudéjar tardío sevillano, y al que ésta Academia y su Presidenta, han sabido devolverle su presencia fundamental en el aspecto total del edificio.

Pero ¿dónde perdura aún el gótico un tanto perdido y olvidado ante el inexorable avance de los tiempos?

Como en sus precedentes inmediatos, Pilatos o Dueñas, el gusto gótico se refugia en la capilla del palacio. Allí las yeserías se convierten en cardinas tardogóticas de apoyo de la única armadura mudéjar que conserva la casa, ya que la de la escalera, de traza más ruda, la conseguí adquirir en un chamarilero en tierras castellanas y la doné a esta casa, donde se pudo acoplar con mínimos retoques.

En la capilla una taca o alhacena a modo de credencia, tiene cuatro puertas con relieves alternos de la dama y el caballero, con cardinas góticas en la moldura que los enmarca. El muro de fondo de la taquilla se recubre de los mejores azulejos, -oro y lapislázuli,- de dibujo gotizante, casi los únicos que perduran en la ciudad en su primitivo enclave, solo hermanos de los del altar mayor de la capilla de Maese Rodrigo. El interior de la taquilla se cubre con un precioso modelo reducido en madera de una bóveda de terceletes característica del gótico final.

El precioso estuche de estos primores sacros lo constituye el torreón angular o mira de la casa, elemento novedoso, tal vez de arraigo italiano, que

caracteriza la esquina del edificio y que sirve de fondo a la actual calle de Guzmán el Bueno, dominado por su altana, de transparente alzado que remata y presta término al conjunto urbano. En ella se han refugiado las claraboyas góticas que, trazadas por los maestros catedralicios y labradas en basta piedra arenisca de la sierra de San Cristóbal por canteros jerezanos, venían desde el Puerto de Santa María en barcazas, para remontar el Guadalquivir hasta el que se llamó “muelle de la piedra” aquí en Sevilla.

Servían de antepecho de la tribuna de las naves de nuestra catedral, y cumplieron el mismo oficio en los intercolumnios de las galerías altas de Pilatos y de las Dueñas.

Si allí resultan un tanto brutalistas por su bastedad pétreo, aquí en los Pinelo se sustituyeron por antepechos de forja más adecuados a la menuda dimensión del patio, pero encontraron feliz uso, más acorde con la escala urbana, como crestería gótica de la torre, antepecho y apoyo de las columnillas que apean los arcos aparentemente de medio punto, que encierran la torre, pero que ocultan un perfil angrelado visible por el interior que le transfiere innegable goticismo de la época de Isabel la Católica. En cambio al exterior, lo camuflan tanto los alfiles mudéjares como un viejo zuncho de hierro que debió colocarse bajo las cornisas por los daños producidos en 1755 tras el terremoto de Lisboa.

Las otras piezas góticas que conserva la casa son obra de cerrajería: la espléndida reja de la escalera que siempre he atribuido a los rejeros de la catedral y el precioso antepecho con macollas góticas del patio alto que procede del derribo de la casa de Levies.

Pero en los veintiún años transcurridos desde mi intervención de 1997 y hoy, se han producido estudios e investigaciones que han dado lugar a la aparición de nuevos documentos y nuevas opiniones, que permiten actualizar nuestros conocimientos de la historia de esta Casa.

La primera monografía, de 2006, se debe al Catedrático de Historia del Arte de nuestra Facultad de Letras Teodoro Falcón Márquez, bajo el título “La casa de Jerónimo Pinelo, Sede de las Reales Academias de Buenas Letras y Bellas Artes” que aporta ideas novedosas, que no comparto sobre la iconografía de los tondos del patio que cree que derivan de “Los siete libros de Diana” de Jorge de Montemayor, que fecha erróneamente en Valencia en 1542, cuando lo es de 1559, y posterior, por tanto, a un documento que él mismo da a conocer de “Apeo y deslinde del edificio” fechado en 1542, y donde ya se describe el patio con sus tondos, -“medallas amoldadas”-, en su forma actual, muy anterior por tanto a la Diana de Montemayor.

Luego ha surgido una espléndida tesis doctoral sobre esta Casa, bajo el título “La Casa de los Pinelo. Las transformaciones de un palacio renacentista en el siglo XX” desarrollada por nuestro querido discípulo, arquitecto técnico, arquitecto superior y doctor, Pedro Barrero Ortega, aquí presente, que vivió largos años de su segunda niñez y juventud en esta casa, como hijo del que fuera conserje mayor de nuestras Academias, del mismo nombre y primer apellido, y en la que nació su vocación de arquitecto y su amor por el edificio que supo revelarles tantas cosas.

Él nos deja en esta tesis de cuyo texto hizo en su día donación a la Academia un análisis profundo, que aunque se centra en las obras aquí realizadas en el pasado siglo, hace previa investigación total del conjunto para conocer la forma en que llegó a nuestros días.

Por eso le he pedido nos acompañe y tras pasar unas imágenes de lo hasta aquí dicho, le cedo con máxima satisfacción el uso de la palabra.